—Si queréis, no hay inconveniente.

—Os convido.

—¿Dónde?

—En mi casa... á menos que...

—¡No!—dijo resueltamente el duque.—Porque aunque supiesen... Para lo que me queda de vida...

Y añadió, inclinándose hacia su amiga:

—Y ademas os adoro... Sois mi orgullo... Tiempo es ya que pueda tener alguna satisfacción.,. Conque hasta mañana.

—Adios.

Al subir la escalera, Carolina pensaba:

—¡Dios mío, si pudiese!... Si fuese cierto... ¡Qué alegría para él, y que dicha para mí!

XV

El domingo de las sorpresas.

Desde que tenia la tarjeta del duque de Lusay entre las manos, Buscare estaba sobre ascuas.

El suceso era decisivo para su porvenir. Lo comprendía.

Pero la costumbre de las decepciones le había vuelto circunspecto y temeroso.

Y además, ¿qué poseia más que una esperanza, quimérica quizás, como todas las que tenía desde había mucho tiempo?

Hubiera deseado poder adelantar las horas para encontrarse en el momento oportuno de su cita.

Para abreviar las horas, se entretuvo en terminar su pájaro, al cual daba cada vez con

más precisión la cara de su amo, el excelente Huchar; pero su imaginación estaba en otra parte.

Trabajaba sin gusto, con tan poco cuidado, que al final, descontento de su obra y humillado por lo que acababa de hacer, la decapitó de un tajo.

Aquello para él no tenía ninguna importancia.

¡Cincuenta francos! El duque se los había prometido.

Qué miseria, frente al resultado que esperaba obtener por otro lado.

Si aquella vez volvía á perder la partida, era cosa de romperse el cráneo contra la acera, tirándose desde lo más alto de su casa de la calle de Godot-de-Mauroi.

Por la tarde, el jorobado le encargó que fuera á evacuar una diligencia: pero sin hacer caso, se estuvo dando vueltas por la calle, construyendo castillos en el aire.

Por la noche, en el bodegón donde encontró á Marcial, que le trató con su habitual desprecio, con el desprecio del millonario que tiene encerrado al diablo en su bolsa.

Mas que nunca le pareció inverosimil aquella progenitura sorda á la voz de la sangre.

Buscare, al verle conversar con Fani en un rincon, como si estuviesen preparando alguna intriga, sonriente como el hombre satisfecho de sí mismo, seguro de su éxito, sintió á su vez desden y casi odio por aquella familia de casualidad por la cual lo habia sacrificado todo y se decia:

—¡Espera, que como yo pueda!...

Hasta la dueña del bodegón se habia puesto resueltamente contra él y trataba siempre de halagar á su hijo, por el que se hubiese sacrificado, favoreciendo sus vicios. Cuando se separó de la madre y del hijo, se decia:

—¿Cómo he podido ser tan estúpido para darla crédito?... ¿Dónde está la prueba?... ¡Qué memo he sido!...

El domingo, á las siete de la mañana, se hallaba en pie, contando los minutos, dando vueltas por su guardilla como las fieras en su jaula, esperando con impaciencia la hora de la cita; y por fin, no pudiendo estarse quieto, bajó á la calle.

El tiempo era bueno, y el cielo tenía un azul pálido, tan pálido como el color de la bailarina del Olimpia.

En la calle habia poquísima gente.

Por el boulevard cruzaban muy pocos ómnibus, casi vacíos.

No se ve la actividad de la primavera y del verano.

A pesar de la belleza relativa de la estación, en el aire existia esa brisa precursora del invierno.

Cuando llegó á la plaza de la Magdalena se aseguró que su reloj de plata marchaba acordes con los pneumáticos.

¡Las ocho y media nada más!

¿Qué hacer?

Bajó por el Boulevard y paseó su aburrimiento por la plaza de la Opera, por la entrada de la calle Royale, por delante de las tiendas, que estaban cerradas.

Transcurrieron cinco minutos con una lentitud desesperante, una eternidad contada con lentitud y con reloj en mano.

Al subir hacia el faubourg Saint-Honoré, con el objeto de dirigirse al hotel de Lusay, dos mujeres desembocaron por la calle de Petits Champs y se hallaron un momento en su presencia.

Buscare se paró extrañado.

La más alta y de más edad no le era desconocida.

De repente se avivaron sus recuerdos.

La habia visto más de una vez desde que espiaba á Marcial, con el objeto de sorprender el secreto que tan contento le tenia.

Indudablemente estaba en buenas relaciones con él.

Les habia visto paseando juntos y en conversación familiar.

Pero no sabia ni cómo se llamaba ni dónde vivia.

Cada vez que habia querido pr fundizar estos detalles, muy interesantes para un policiaco que quiere saber lo que le interesa, Marcial y la joven se le habían evaporado como silfides.

Buscare no habia visto nunca á la compañera de aquella desconocida.

Era la primera vez que la casualidad las ponia en su presencia.

Era lo menos cinco ó seis años más joven que la otra, de una frescura primaveral y de una belleza poco comun.

El gascon era buen fisonomista y entendido.

Tanto le preocupó su belleza que se olvidó de la hora de su cita.

Instintivamente y por la costumbre del oficio, siguió á las muchachas.

¿Dónde iban?

Notó con alegría que no se separaban de su camino.

La más alta iba vestida con exquisito gusto.

Tenia un pecho poco abultado, llevaba el vestido un poco levantado, dejando ver unos zapatos de charol y un poquito más arriba el nacimiento de la pierna cubierta con media de seda negra; su sombrero era preciosísimo.

El conjunto era agradable.

¡Pero la otra!

Buscare se hallaba sumido en el éxtasis de un coleccionista que encuentra el objeto soñado, el libro precioso, la tela deseada, el vaso que llevar á sus colegas en antiguallas.

En la calle de la Arcade se detuvieron y entraron en casa del alquilador de bicicletas.

Buscare quedó parado á unos cuantos pasos de la tienda, en la parada de ómnibus, como desocupado que se entretiene en ver subir y bajar á las gentes en los carruajes.

Pero vigilaba con ojo avizor.

Las dos jóvenes no tardaron en salir; pero completamente equipadas y con sus bicicletas, la mayor con unos pantalones anchos, y la más joven con una faldita corta con chaquetita negra.

Y en seguida, montando en sus máquinas, desaparecieron en dirección de la calle de Cheveau-Lagarde y de Saint-Augustin.

El gascón hubiera deseado seguirlas; pero se acordó de la cita que le habia dado el gran señor, por más que temia que éste la hubiese olvidado.

No se pueden cazar dos liebres á la vez.

Buscare lo sintió muchísimo.

Aquellas dos mujeres le tenian preocupado.

Su imaginación se dirigia constantemente á ellas.

Sin embargo, no tenia tiempo que perder.

Su enorme reloj de plata señalaba las diez y veinte.

Se decidió por fin á marcharse, siguiendo con los ojos el camino por donde las jóvenes acababan de desaparecer.

Cuando se volvió, se encontró frente á frente con un joven de unos veinte años, moreno y robusto, con un palo de rara forma debajo del brazo, vestido como un mozo de almacén que se quita la librea para ponerse el traje de los días de fiesta.

Lo mismo que Buscare, miraba con ansiedad el sitio por donde habian desaparecido las dos mujeres.

Bastante bien vestido con un trajecito de paño negro, ancho y ligero, que no debía molestarle mucho en los movimientos, un sombrerito ancho sobre sus cortos y negros cabellos, el hortera, sin notar siquiera el examen de que era objeto por parte de Buscare, hizo un movimiento de contrariedad, ejecutó un molinete con la estaca y se marchó por otro lado, murmurando entre dientes en una lengua que el gascón reconoció por haberla oido en las aldeas del Morbihan.

Poco después los dos hombres estuvieron muy lejos el uno del otro.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Buscare abrió el compás de sus delgadas y largas piernas, se retorció sus grises bigotes, se sacudió el polvo de la levita, limpió el sombrero con el revés de la manga y tardó muy poco en hallarse delante de la puerta monumental de su cliente.

Un hombre muy grueso y colorado guardaba la entrada.

—¿El señor duque de Lusay?—preguntó el gascón.

—¿Teneis que hablarle?

—Claro, cuando os preguntó por él.

—¿Cómo os llamais?

—Buscare.

—¿No teneis tarjetas?

—No.

—Está bien.

El colorado y corpulento hombre, al cual el gascón, delgado como una sardina, no podía por menos de mirar con envidia, entró en la portería y telefoneó con el interior del hotel, volviendo á salir á poco y diciendo á Buscare:

—Subid; el señor duque va á recibiros.

El anciano se hallaba en un salón, que aunque sencillamente amueblado, daba idea exacta de la opulencia de la casa.

—¡Ah! ¿sois vos, querido?—dijo al ver al gascon, al empleado de la casa Fribur Huchar y C.ª

—Sí, señor duque.

—Sois exacto.

—Para serlo tenía más de una razón, señor duque.

El anciano le miró con cierta extrañeza.

—¿Razones?—dijo.—Yo no conozco más que una.

—¿Vuestro bastón?

—Claro. ¿Dónde está?

—¡Ay! señor duque, lo he encontrado indigno de seros ofrecido y lo he roto.

—¡Bah!

—Os haré cuantos querais... Hoy me trae á vuestra casa una causa cien veces más seria.

El duque de Lusay era muy cortés con todo el mundo.

Además, ya lo hemos dicho, la cabeza del gascón, que se parecía mucho á la de un Artagnan, abatido y desconsolado, le interesaba mucho.

—Coged una silla y sentaos—le dijo.—Si la entrevista se ha de prolongar, instalémonos cómodamente.

—¿No os molestaré, señor duque?

El señor de Lusay dirigió una mirada á un magnífico reloj de bronce, y sonriéndose, dijo:

—Dispongo de una hora para escucharos. Creo que tendréis tiempo bastante.

—Sí, señor duque.

Y en seguida Buscare empezó diciendo:

—Voy á deciros de lo que se trata. No sé si tendréis bastante confianza en mí para contestarme francamente; pero lo que sí puedo aseguraros, señor duque, es que yo tengo la necesaria en vos para deciros, sin ninguna condición, cuanto sé. Me entrego á vuestra generosidad.

El anciano no sabia qué pensar de aquellas palabras, de aquellos comienzos, que no dejaban de indicar talento.

—¿Qué es lo que sabéis?

—Cosas extraordinariamente importantes para vos, señor duque; y si me equivocase, demostraria ser muy torpe. Habéis ido á la calle de Provenza, á que os diesen noticias de una joven á la cual se busca, sin el menor resultado.

—¿Cómo?...

—Lo he adivinado, señor; esa joven se llama Susana.

—Pero...

—Sus padres deben ser muy ricos.

—¿Por qué?

—Porque han tirado el dinero á espuertas, porque han llenado la caja de ese granuja de Fribur y de su digno compañero Huchar.

—¿Os lo han dicho ellos?

—Se hubieran cortado la lengua antes.

—¿Por qué?

—Porque tienen la mala costumbre de guardárselo todo para ellos y no dar á los infelices que tienen á su servicio nada más que lo estrictamente necesario para comer.

—¡Ah!

—Así es que viendo las infamias que cometen tanto con los tontos que van á regalarles el dinero, como con nosotros, he querido pagarles en la misma moneda y he cometido...

Buscare dijo estas palabras con la cabeza gacha.

—Para lograr mi objeto, una acción que juzgareis poco digna...

—Así será, puesto que vos lo decís.

—No obraría bien si hiciese lo contrario, tratándose de un hombre como vos.

—Veamos qué acción.

—Antes, señor duque, desearía haceros una pregunta.

—¿Y es?

—Si habéis encargado efectivamente á los señores Fribur y Huchar que buscasen á una niña llamada Susana.

—Nombre que la han dado, pero que no es el suyo.

—¿La niña fué entregada en tiempos á un leñador llamado Rufin?

—Justamente.

—Blas Rufin murió, y su mujer y la niña desaparecieron, no habiendo sido posible encontrarlas.

—Exacto.

Buscare, loco de alegría, exclamó:

—Pues bien, señor duque, yo puedo deciros lo que ha sido de esa mujer.

—¿Y la niña?

—Puedo indicaros tambien dónde se hallaba hace unos meses.

—¿Y ahora dónde está?

—Con las indicaciones que os dé, la encontrareis en cuarenta y ocho horas.

—Cumplid vuestra palabra y tendreis hecha vuestra fortuna.

Aquellas palabras, escapadas de los labios del anciano, elevaron á Buscare á las más altas regiones de la felicidad.

Entonces empezó el gascon á hacer una sincera confesión, no sin que antes quisiera disculparse.

—No ha sido á vos, señor duque, á quien he causado daño, ha sido á Fribur y Huchar.

Dueños del secreto que yo poseia y que les he ocultado, hubiesen forjado una intriga para apoderarse de la fortuna de la niña, si es que, en efecto debía cogerla algún dia... No os podeis imaginar en las manos que habeis caido...

—Sí, que lo sé.

—¡Son unos bandidos!

—Digamos solamente que son unos hombres sin conciencia.

—Indulgente sois.

—Por naturaleza, es cierto.

—Seres sin escrúpulos, sin generosidad y sin pizca de vergüenza.

Buscare dió salida á todos los odios acumulados desde hacía muchos años.

En pocas palabras explicó al duque de Lusay los misterios de aquella tenebrosa agencia, el dinero que recibía de tantas manos, las traiciones interesadas de aquellos granujas, su astucia, los procedimientos que empleaban para llenar su caja de caudales, de donde no salía ni un céntimo, el *chantage* que hacían de los secretos que conocían.

—¡Son unos roedores, señor duque!—exclamó.—Unos explotadores del género humano, de los ricos y de los pobres, de los pequeños y de los poderosos.

Así es que él no habia querido prestarse á que le explotaran aquellos hombres que tenian por norma esta frase: «Todo para mí, nada para los demás.»

Y al llegar al punto que interesaba al anciano, le contó la misión de que habia sido encargado, lo que habia hecho diez y seis años antes, referente á la niña que debia buscar,

sus viajes á Bretaña y como, por fin, habia encontrado á la viuda en una aldea á orillas del mar, en Landeron.

Aunque hubiera trasmitido sus indagaciones á los túnantes de sus amos, éstos no hubiesen dicho palabra y hubiesen esperado el momento para explotar lo que sabian.

Este era su método.

El en cambio, viviendo mal, de una manera difícil, habia guardado el secreto para sacar partido en cuanto pudiese.

Lo declaraba francamente.

Sin embargo, la vispera desesperaba de lograrlo.

Si era cierto que sabia donde estaba la viuda, en cambio ignoraba por completo quiénes eran los padres de Susana, á la cual se atrevia á encontrar; nombres que los señores Fribur y compañía se obstinaban en ocultarle.

Fué preciso la casualidad; que el señor de Lusay se fijase en el puño de baston que estaba ocupado en tallar en la oficina para llegar á conocer lo que tantos deseos tenia de saber.

Tan solo al ver al duque habia comprendido que tenia el hilo del asunto.

Un caballero como el duque no iba á aquella agencia para encargar negocios sucios, que eran los que generalmente llevaban los clientes á aquella casa.

El agente se expresaba con gran franqueza y claridad.

El anciano le escuchaba atentamente.

—¿De modo que pretendéis—dijo resumiendo, cuando creyó que Buscare no tenía más que decir—que la niña confiada por Juan Re-

don á Blas Rufin estaba en una aldea á orillas del mar, en el Morbihan?

—Allí la encontré con su nodriza.

—¿La viuda Rufin?

—Sí.

—¿Qué hacia allí aquella mujer?

—En la época de mis primeros viajes vivia en una pobre choza á orillas del mar, al pie de enormes rocas... y ya estaba loca.

—¿De qué vivía?

—Del dinero que habia debido recibir para criar á la niña... No gastaba casi nada, como podéis muy bien comprender.

—¿Y la niña, la visteis?

—Claro... Era entonces una criatura encantadora, de unos tres años próximamente y que se criaba como todas las de Landeron.

—¿Es decir, de una manera miserable?

—Vestida con harapos, señor duque, con los piés descalzos, pero muy mona. Landeron es una aldea de pescadores; pero todos ellos son muy honrados... tengo la seguridad de ello... La niña no vivia mal allí. Parecía gozar de una salud magnífica.

—¿Y no habéis experimentado un sentimiento de piedad por ella?

Buscare no se desconcertó.

—Señor duque, ¿qué queréis que os diga? A mi modo de ver, la niña estaba mucho mejor entre aquellos pescadores, que la cuidaban á ella y á su madre, que no entre las garras de Fribur, que no hubiese dejado de especular con ella...

—Es decir...

—Esperar una ocasión propicia, bien fuese para vendérsela á los que la reclamaban, ó para apoderarse de su fortuna, si, como todo parece indicarlo, pertenece á una familia rica. En cuanto á mí, me decía: Cuando llegue el dia, venderé mi secreto; pero no á unos ladrones, que venderian su piel si les diesen quince luises por ella...

—¿A quién?

—A los padres de Susana, que me darán lo que crean conveniente. Por desgracia, cuando volví al nido, es decir, á la miserable aldea de Landeron, encontré la cabaña y á la loca en ella; pero la joven habia volado.

—¿Hacia mucho?

—Tan solo unos días.

—¿Dónde habia ido?

—No lo sé á punto fijo.

—¿Y los habitantes de Landeron?

—Nada saben, á excepción de un tabernero, hombre viejo, llamado Kergoz, que no quiso decirme nada...

—¿Por qué?

—Porque no le agradó mi cara.

—¿Cómo decís que se llama?

—El señor Kergoz; se le conoce á diez leguas en contorno.

—Está bien.

—Es cosa de ir y volver al Morbihan. Pero necesitáis encargar á otro que no sea yo. El buen hombre desconfia de mi, y tiene razón... No he obrado siempre con la rectitud debida, y el individuo tiene buen olfato. Cuando estuve allí por última vez, me dijo con acento agrio: «Si los padres quieren saber la verdad, ne tienen más que venir y si su cara me agrada, hablaré.»

—¿Dónde está situado Landeron?

—A unas seis leguas de Sainte-Anne d'Auray, señor duque.

—Está bien.

El anciano tomaba notas muy de prisa.

Cuando hubo tomado todas las que creia necesarias, miró fijamente al gascón.

Su rostro tomó un aspecto muy distinto del que habia tenido hasta entonces.

Sin el tono escéptico que tenía por lo general, dijo:

—Escuchadme, amigo mio, y comprended bien lo que quiero explicaros. Soy indulgente por naturaleza, ya os lo he dicho, y protejo cuanto me es posible á los que luchan y se debaten en la miseria.

La necesidad de vivir conduce á veces á invenciones diabólicas.

—¡Ay, señor duque!...

—Lo que no perdonaria nunca seria el que tratasen de burlarse de mí.

—¡Oh! señor duque.

—No me gusta hacer las veces de un tonto fácil de engañar. Este es el nombre que vuestros amos aplican á sus clientes.

—¡Qué bien les juzgais, señor duque!...

—Sed franco. ¿Lo que acabais de decirme, es cierto?

Os lo juro.

—Siendo así, acabais de prestarme un gran servicio, y no os arrepentireis de haberlo hecho; pero es preciso que nos ayudeis hasta lo último.

Buscare confesó humildemente.

—No creo seros de gran utilidad, porque en Landeron sabreis todo cuanto yo mismo ignoro.

—¿Es decir, dónde está Susana?

—Justo, señor duque. En cuanto á mí, soy innecesario allí... El señor Kergoz, al cual interrogué. .

—¿No ha querido deciros nada?...

—Mientras que á vos ó la persona que envieis se lo dirá todo... sin dificultad...

—¿Por qué razón?...

—Pues sencillamente, señor duque, porque quiere mucho á la niña y desea que sea feliz.

—¿Mientras que con vos?...

—Pudiera temer que no la ocurriese lo mismo.

—Según vuestra opinión, ¿dónde se encuentra la niña?

—En París, señor duque.

—¡Cómo!... ¿Creeis?...

—Casi tengo la seguridad; pero no he podido saber dónde está, ni lo que hace... Y, sin embargo, no ha sido porque haya dejado de buscar cuidadosamente... Hablando entre nosotros, os advierto que cuanto antes la encontreis, mejor será...

—¿Por qué?...

—París no es un sitio seguro para las jóvenes pobres en apariencia, pero ricas en el porvenir, cuyos casos son frecuentísimos, y puede ser encontrada por un caballero de industria que trate de explotar el negocio...

El pobre hombre pronunció estas palabras con un tono que hizo despertar alguna inquietud en el duque.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Repitió al gascón lo que dijo el dia antes á su protegida:

—Tenéis una idea que me ocultais.

El antiguo agente titubeó un poco y contestó:

—No, señor duque; pero conozco París y á los que viven en él.

Podía acusar á Marcial, al cual profesaba después de todo algún cariño.

Y además, ¿para qué?

Por más que no hubiera podido precisar nada.

El señor de Lusay puso fin á la entrevista.

Acababa de dirigir una nueva mirada al reloj. Iban á dar las doce.

—¡Quiera Dios que vuestros esfuerzos se vean coronados por el éxito!—dijo para terminar,—y os aseguro que os daré una pensión para que podais vivir sin trabajar. Haremos que os dediqueis á tallar puños de bastón solo por gusto y por puro amor al arte. ¿Podéis estar á mi disposición?

—Con sumo gusto, señor duque.

—¿Dónde se os puede avisar?

—¿Todo el dia?

—Sí.

—Podéis enviar á preguntar por mí en un restaurant de la calle de Provence.

—¿Qué número?

—Sesenta y siete duplicado.

—Está bien; no tardaré mucho en avisaros.

El anciano cogió de una copa de bronce que habia sobre la chimenea un cartucho de monedas de oro, que contenía mil francos, y se lo dió, diciendo:

—Buscare, estas son las arras; tengo confianza en vos; no puedo deciros el por qué, pero así es, y creo que el dia ha de ser bueno para todos. Adiós, amigo.

Buscare saludó militarmente y salió.

En la calle no se pudo contener; su alegria se desbordó.

—¡Por fin!—suspiró.—¡Ya lo he logrado!... Los pillastres de mis amos no quedarán muy contentos.

El duque no estaba menos contento que él.

En cuanto se quedó solo, llamó.

Un mocetón, joven aún, nacido en las tierras de Lusay, y que acababa de licenciarse del ejército, entró en seguida.

—¿Qué desea el señor duque?

—Espera un momento.

El duque escribió á toda prisa las siguientes líneas:

»Querida hija:

»En cuanto que recibas este billete, sal para París.

»Me encontrarás en mi casa. Si no estuviese, vas á la de Carolina, pues tengo que tratar con ella un negocio importante.

»Aunque las mujeres no tengan, por lo general, que ocuparse de negocios, te pondré al corriente de un asunto que supongo te ha de causar una inmensa alegria.

»Es inútil que avises á tu marido.

»Creo que podrás estar de regreso en Lusay para la hora de comer con tu abuelo

»LUSAY.»